

Caminar tras las huellas de Cristo

Carta pastoral
a la Iglesia de Laghouat-Ghardaïa

*con motivo del quinto aniversario
del reconocimiento de las virtudes heroicas de
la hermanita Magdalena de Jesús*



✠ Diego Sarrió Cucarella
Obispo de Laghouat-Ghardaïa

13 de octubre de 2026

Caminar tras las huellas de Cristo

Carta pastoral a la Iglesia de Laghouat-Ghardaïa
con motivo del quinto aniversario del reconocimiento de las virtudes heroicas
de la hermanita Magdalena de Jesús

13 de octubre de 2026



«Dios me tomó de la mano y yo lo seguí ciegamente».

– Venerable hermanita Magdalena de Jesús –

Caminar tras las huellas de Cristo

Carta pastoral a la Iglesia de Laghouat-Ghardaïa
con motivo del quinto aniversario del reconocimiento de las virtudes heroicas
de la hermanita Magdalena de Jesús

Queridos hermanos y hermanas,

Probablemente no haya palabra más sencilla y, al mismo tiempo, más exigente que la que Jesús dirigió a sus primeros discípulos: «Sígueme» (Jn 1, 43). Desde hace dos mil años, esta llamada resuena de generación en generación. Se dirige a hombres y mujeres de todas las lenguas, culturas y condiciones. No les pide que conozcan de antemano todo el camino ni que tengan capacidades especiales. Les pide una sola cosa: seguir sus pasos, compartir su vida, mirar el mundo con sus ojos y amar con su corazón.

Seguir a Jesús: esta es la vocación de todo discípulo.

Para ayudarnos a responder a esta llamada, el Señor no deja de suscitar en su Iglesia testigos cuya vida manifiesta la fecundidad del Evangelio. No añaden nada al Evangelio; sencillamente, nos ayudan a redescubrir su belleza y su fuerza. La venerable hermanita Magdalena de Jesús es uno de esos testigos.

Cuanto más la he ido conociendo a través de sus escritos, de su correspondencia y del testimonio de quienes la trataron, más se ha afianzado en mí una convicción: toda su vida fue una respuesta generosa a la llamada de Jesús: «Sígueme». Ella no quería atraer nuestra mirada hacia sí misma. Su único deseo era llevar a las personas a Cristo. De esa relación viva con Jesús nacía todo lo que caracterizó su vida y su misión: el amor a Jesús, contemplado en Belén y en Nazaret, la sencillez de la vida oculta, la cercanía a los más pobres, la fraternidad universal, su amistad con los musulmanes, la alegría y la audacia misionera.

Por eso, esta carta pastoral no pretende ofrecer una biografía ni exponer exhaustivamente la espiritualidad de las Hermanitas de Jesús. Su objetivo es más sencillo y esencial: ponernos en la escuela de la venerable hermanita Magdalena para aprender, junto a ella, a seguir a Jesús hoy.

Este propósito adquiere un significado especial en nuestra diócesis de Laghouat-Ghardaïa. Fue en esta tierra del sur de Argelia donde el Señor hizo nacer el carisma que confió a la hermanita Magdalena. También fue en esta tierra donde descubrió más profundamente la riqueza espiritual del ejemplo de Carlos de Foucauld. A la luz de su testimonio, comprendió que el Señor no la llamaba a reproducir una obra, sino a permitir que el Evangelio diera fruto de una manera nueva en las circunstancias de su tiempo.

Aquí tomó cuerpo esta intuición evangélica que llevó a la fundación de las Hermanitas de Jesús antes de extenderse, humilde y silenciosamente, por los cinco continentes. Esta historia no nos otorga ningún privilegio. Nos confía una responsabilidad. Los dones de Dios nunca están destinados a conservarse como una herencia privada, sino que están llamados a convertirse en una gracia compartida, en un bien para toda la Iglesia.

Cada vez que voy a Sidi Boujnan, hoy absorbido por la ciudad de Touggourt, donde nació en 1939 la primera fraternidad de las Hermanitas de Jesús, no puedo dejar de dar gracias por lo que Dios comenzó allí con tanta humildad. ¿Quién habría podido imaginar que una pequeña fraternidad, nacida en la discreción del Sahara, llegaría un día a dar fruto en todo el mundo?

El desierto sigue siendo una escuela en la que Dios nos enseña a renunciar a toda pretensión de autosuficiencia. Nos invita a confiar en él, a acoger a cada persona como a un hermano o una hermana y a avanzar humildemente por los caminos que abre ante nosotros.

Este es el camino que os invito a recorrer a lo largo de esta carta pastoral.

No para detenernos en una mujer, por admirable que sea, sino para acoger con ella la llamada siempre nueva de Cristo.

Que esta carta nos ayude a escuchar resonar en el corazón de cada uno de nosotros esa palabra que atraviesa los siglos y sigue haciéndose oír hoy: «Sígueme».

I. Toda vocación comienza con un encuentro

Antes de ser un proyecto de vida, toda vocación es un encuentro.

En el Evangelio, nada comienza con una idea o con una decisión personal. Todo comienza con la iniciativa de Dios. Jesús pasa, mira y llama: «Sígueme». Y esta palabra, acogida en la fe, abre un camino que nadie habría podido imaginar.

Así sucedió con Pedro y Andrés, con Santiago y Juan, así como con María Magdalena, Marta y María de Betania, y con tantos otros discípulos, hombres y mujeres, que acogieron la llamada del Señor. La venerable hermanita Magdalena de Jesús forma parte de esta larga historia de testigos.

La joven Magdalena Hutin no podía imaginar hasta dónde la conduciría la invitación de Cristo. Una vez convertida en hermanita Magdalena de Jesús, nunca buscó poner de relieve sus cualidades, sus proyectos o sus méritos. Al releer su propio itinerario, reconoció ante todo la acción

de Dios en su vida. Lo expresa con una sencillez conmovedora:

«Dios me tomó de la mano y yo lo seguí ciegamente».

Toda su existencia está ya contenida en esta frase. En primer lugar está Dios, que toma la iniciativa. Después, la confianza, que acepta dejarse conducir. Finalmente, un camino que solo se descubre cuando uno se pone en marcha.

Toda vocación implica esta dimensión de confianza. Como Abrahán, estamos llamados a partir sin saber de antemano adónde nos conducirá el Señor. Como los discípulos de Emaús, a menudo descubrimos su presencia mientras caminamos con él.



Quizá esta sea la primera enseñanza que nos ofrece la hermanita Magdalena. En un mundo que valora las estrategias, los programas y la capacidad de prever lo que vendrá, ella nos recuerda que la vida cristiana nace, ante todo, de la confianza: no necesitamos conocer de antemano todas las etapas del camino, porque el Señor va siempre por delante de quienes llama.

Esta confianza no era ingenuidad ni improvisación. Tenía sus raíces en una relación cada vez más profunda con Cristo. La oración, la escucha de la Palabra de Dios y la Eucaristía fueron modelando su mirada. Antes de salir al encuentro de los demás, aprendió a permanecer con Jesús, porque nadie puede conducir a otros hacia él sin haber aprendido primero a vivir con él.

Por eso, sería un error reducir su historia a una simple aventura humana. Todo lo que más tarde daría forma a su vida y a su misión —la fundación de las Hermanitas de Jesús, la vida entre los más pobres, el encuentro con pueblos y culturas muy diversos y la fraternidad vivida con los musulmanes— solo se comprende a la luz de aquel primer encuentro con Cristo y de una relación con él que fue profundizándose a lo largo de su vida.

Como todos los grandes discípulos, no eligió un ideal; respondió a una Persona.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú sigues llamando a hombres y mujeres a seguirte.

Danos un corazón suficientemente libre para acoger tu llamada, suficientemente confiado para dejarnos conducir y suficientemente humilde para caminar tras tus pasos, incluso cuando todavía no vemos adónde nos llevas.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, enséñanos a seguirte con la confianza de los discípulos.

Amén.

II. Cristo, centro de nuestra vida

Toda vocación es, ante todo, una respuesta a una llamada. Pero esta respuesta no nace en un instante. Como la semilla que germina en secreto (cf. Mc 4, 26-29), Dios prepara a menudo, en el silencio de los corazones, a aquellos a quienes llama. Despierta en ellos esa sed de Dios de la que habla el salmista (cf. Sal 63, 2), una sed que ningún bien de este mundo puede saciar. Paso a paso, les enseña a buscarlo, incluso antes de que sepan adónde los conducirá.

Así sucedió con la joven Magdalena Hutin.

Nacida en 1898 en una familia profundamente cristiana, creció en una época marcada por las dificultades de su tiempo. Muy pronto descubrió que la fe no era solo una herencia recibida, sino una realidad que debía acoger libremente. Con los años, fue creciendo en ella el deseo de entregar toda su vida a Cristo.

Como el joven Samuel (cf. 1 Sam 3), tuvo que aprender a reconocer la voz del Señor en medio de numerosas aspiraciones, impulsos generosos y preguntas todavía sin respuesta. El Señor no le reveló de inmediato el camino que había preparado para ella. Primero fue formando su corazón en la escucha, la paciencia y la disponibilidad.

Esta etapa de su vida puede pasar inadvertida. Sin embargo, es esencial. Las llamadas de Dios maduran en el silencio interior. Antes de enviar a sus discípulos a proclamar el Evangelio, Jesús quiso que estuvieran con él (cf. Mc 3, 14). La misión nace de esa convivencia con él, que va formando el corazón de quienes llama.

Lo mismo sucede con cada uno de nosotros. A veces nos gustaría que Dios nos mostrara de inmediato todo el camino. Pero él suele preferir darnos únicamente la luz necesaria para dar el primer paso (cf. Sal 119, 105). Así nos enseña a avanzar en la fe, sin conocer de antemano lo que nos espera.

Poco a poco, Magdalena descubrió que seguir a Cristo no consistía, ante todo, en realizar obras extraordinarias, sino en entregarse a él sin reservas. Esta convicción marcaría el resto de su vida. Más tarde, dirigiéndose a sus hermanitas, resumió así el camino que ella misma había recorrido:

Te esforzarás por vivir con la mirada y el corazón fijos en Jesús, en una actitud interior que te llevará poco a poco a una gran intimidad con él. Y él se convertirá cada vez más en el centro de tu vida y en la pasión de tu corazón.

Este deseo de entregarse enteramente a Dios se convirtió en el hilo conductor de su vida. Sin conocer todavía la forma que tomaría su vocación, ya estaba aprendiendo a decir, día tras día: «Hágase tu voluntad» (Mt 6, 10).

Fue entonces cuando el Señor puso en su camino a un testigo decisivo que iluminaría su discernimiento: Carlos de Foucauld.

No llegaron a conocerse personalmente. Carlos de Foucauld había muerto unos años antes. Sin embargo, a través de sus escritos y del testimonio de quienes lo habían conocido, Magdalena descubrió en él una manera de seguir a Jesús que respondía profundamente a lo que el Espíritu ya hacía germinar en su corazón. Ella misma escribiría:

En él encontraba todo el ideal con el que soñaba: el Evangelio vivido, la pobreza total, la vida oculta en medio de las poblaciones abandonadas... y, sobre todo, el amor en toda su plenitud: Iesus-Caritas, Jesús-Amor... Y suplicaba al Señor que llegara pronto la hora de partir hacia tierras del islam, hacia el Sahara o el Hoggar, para ir allí a encontrar las huellas del hermanito Carlos de Foucauld y vivir la misma vida.

Sin ruido ni alardes, Dios iba conduciendo a una joven hacia un futuro que ella todavía no podía imaginar. Así, sin que ella aún lo supiera, Dios iba preparando el nacimiento de un carisma nuevo.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú conoces los deseos más profundos de nuestro corazón.

Cuando buscamos nuestro camino, enséñanos, ante todo, a buscar tu voluntad.

Danos la paciencia para esperar tu hora, la libertad para renunciar a nuestros propios proyectos y la confianza para creer que siempre conduces a quienes se ponen en tus manos.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz crecer en nosotros el deseo de buscarte de todo corazón, hasta que llegues a ser el centro de nuestra vida.

Amén.

III. A la escuela de Carlos de Foucauld

Dios no nos habla únicamente a través de los acontecimientos de la vida ni en el secreto de la oración. También se sirve de los testigos que pone en nuestro camino. Por medio de ellos, nos ayuda a reconocer con mayor claridad la llamada que hace resonar en nuestro corazón. Toda la historia de la Iglesia da testimonio de ello. Andrés conduce a su hermano Simón hasta Jesús (cf. Jn 1, 41-42). Felipe invita a Natanael: «Ven y verás» (Jn 1, 46). Pablo es padre espiritual de Timoteo. Así se transmite la fe de persona a persona, como una llama que ilumina sin consumirse jamás.

En la vida de Magdalena Hutin, el Señor se sirvió también del testimonio de Carlos de Foucauld para iluminar su vocación.

En 1921, mientras buscaba la manera de entregar toda su vida a Cristo, descubrió el testimonio del hermano Carlos. Cuando murió en Tamanrasset, en 1916, parecía haber dejado muy poco tras de sí. No había fundado ninguna congregación y su obra parecía inconclusa. Sin embargo, aquella semilla sembrada en silencio comenzaba ya a dar fruto, como había anunciado Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

El descubrimiento del hermano Carlos fue decisivo para Magdalena. A través de su testimonio, reconoció en él una manera de seguir a Jesús que respondía profundamente a las aspiraciones que Dios ya había suscitado en ella.

Carlos de Foucauld no le ofreció ni un programa que hubiera que reproducir ni un método que aplicar. Le mostró, sobre todo, una manera de amar a Jesús. Su vida entera daba testimonio de que Cristo no nos pide realizar grandes obras, sino permanecer con él y compartir humildemente su vida, allí donde él nos conduzca. Magdalena comprendió entonces que la fecundidad apostólica no depende tanto de la eficacia visible como de la profundidad de nuestra unión con Cristo.

La vida de Carlos de Foucauld se asemejaba a aquel grano de trigo caído en tierra: en el momento de su muerte, nada hacía prever la extraordinaria fecundidad espiritual que nacería de su testimonio. Así sucede a menudo con el Reino de Dios: lo que a los ojos de los hombres parece quedar sepultado se convierte, en manos de Dios, en una fuente de vida para muchos.



Magdalena comprendió también que la verdadera fidelidad nunca consiste en una simple repetición. El mismo Espíritu que había guiado a Carlos de Foucauld, el «hermano universal», seguía actuando en la Iglesia. Fiel al espíritu del hermano Carlos, no trató de reproducir literal-

mente su reglamento, sino de transmitir su pensamiento:

No soy más que quien intenta transmitirte su pensamiento, procurando recogerlo con la mayor fidelidad posible, mucho más de las enseñanzas de su vida y de su muerte que de su reglamento.

Así comenzó a tomar forma un carisma nuevo, profundamente arraigado en el pensamiento y el testimonio del hermano Carlos, pero original en su expresión.

El Espíritu Santo nunca se repite. No deja de suscitar nuevos carismas y de abrir caminos inéditos de santidad. Los santos no son modelos que debamos copiar; son hermanos y hermanas que nos enseñan a acoger, cada uno según su vocación, la obra siempre nueva de Dios.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Te damos gracias por los hombres y las mujeres que pones en nuestro camino para conducirnos hacia ti.

Danos un corazón humilde, capaz de acoger lo que nos transmiten, sin perder nunca de vista que solo tú eres el Maestro.

Por intercesión de san Carlos de Foucauld y de la venerable hermanita Magdalena, enséñanos a escuchar a tu Espíritu con una confianza siempre renovada, para que nuestra vida llegue a ser también un humilde reflejo de tu Evangelio.

Amén.

IV. Belén: Dios elige la pequeñez

En la escuela de Carlos de Foucauld, la hermanita Magdalena fue descubriendo una manera nueva de contemplar a Cristo. Su mirada se dirigió primero hacia Belén, y el encuentro con

el Niño Jesús marcaría definitivamente su espiritualidad.

El Evangelio de san Lucas relata con gran sencillez el nacimiento de Jesús: «María dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2, 7). Humanamente, aquel nacimiento no parecía distinguirse de tantos otros. Y, sin embargo, fue precisamente en aquella aparente insignificancia donde Dios eligió revelarse al mundo.

El misterio de Belén trastoca nuestros criterios de grandeza. Nos sentimos espontáneamente atraídos por la fuerza, el prestigio, el éxito o la influencia. Dios, en cambio, elige la fragilidad de un recién nacido. Aquel que sostiene el universo en sus manos acepta depender de María y José. Aquel que alimenta a todas las criaturas conoce el hambre. Aquel que es la Palabra eterna aprende a balbucear.

Os hablaré a menudo, muy a menudo, del Niño Jesús, en quien está Dios entero, con todos sus misterios... Dios entero, con toda su sabiduría y toda su fuerza, pero que quiso velar todo ello para que estos misterios fueran accesibles a los pequeños, a los más pequeños.

Para la hermanita Magdalena, Belén no era solamente el lugar donde nació Jesús: era una luz que iluminaba todo el misterio de Cristo. Le gustaba contemplar al Niñito de Belén y descubrir en la pequeñez elegida por Dios la expresión más profunda del amor divino. Dios no salva al mundo mediante un poder que se impone, sino mediante un amor que se entrega.

San Pablo expresa este mismo misterio cuando escribe que Cristo «se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Flp 2, 7). Belén es ya el comienzo de ese abajamiento libremente elegido, que llevará a Jesús hasta la cruz. Desde su nacimiento, el Hijo de Dios nos revela que la verdadera grandeza se mide por la capacidad de amar.

Esta contemplación transformó profundamente la vida de la hermanita Magdalena. Comprendió que seguir a Cristo significaba elegir, como él, los caminos de la sencillez, la humildad y la cercanía a los más pequeños. No porque la pobreza sea un valor en sí misma, sino porque Dios ha elegido hacerse cercano a nosotros en la pequeñez.

Por un amor sin medida, Cristo, el Hijo de Dios, quiso asumir la condición de un recién nacido, incapaz de valerse por sí mismo: el único estado que pone a un ser humano en manos de los demás en un abandono total.

También nosotros necesitamos volver a Belén. Nuestro mundo admira fácilmente a quienes triunfan, dominan o hacen ruido. El Evangelio nos conduce hasta un pesebre. Allí descubrimos que nadie es tan pequeño que no merezca ser amado, que ninguna vida oculta es inútil y que ninguna debilidad escapa a la ternura de Dios. Ante el pesebre comprendemos que la verdadera fuerza no reside en el poder que se impone, sino en el amor humilde.



Pero Belén no es más que el comienzo. El niño acostado en el pesebre crecerá en la sencillez de Nazaret. Allí descubrirá la hermanita Magdalena

otra luz del Evangelio: la de la vida oculta, en la que Dios sigue realizando silenciosamente su obra.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú has elegido venir hasta nosotros en la debilidad de un niño.

Enséñanos a reconocer tu presencia en lo humilde, discreto y escondido.

Líbranos del deseo de aparentar y haz crecer en nosotros la alegría de servir sin buscar los primeros puestos.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, danos la gracia de amar al Niño de Belén y de seguirte por el camino de la humildad.

Amén.

V. Nazaret: la fecundidad de la vida oculta

Después de Belén vienen los largos años de Nazaret. Durante cerca de treinta años, Jesús vivió alejado de la mirada del mundo.

Los Evangelios nos cuentan pocas cosas sobre aquellos años. Sin embargo, san Lucas nos ofrece una breve descripción de la vida de Jesús en Nazaret, junto a María y José, en unas palabras de una riqueza inagotable: «Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. [...] Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 51-52).

La vida de Jesús en Nazaret transcurrió en la sencillez de lo cotidiano. Nada espectacular, nada extraordinario. Y, sin embargo, fue preci-

samente esa vida cotidiana la que el Hijo de Dios quiso compartir durante la mayor parte de su vida terrena. Antes de predicar a las multitudes y de realizar milagros, antes de afrontar la cruz, compartió durante largos años la vida de una familia, el trabajo de cada día, las alegrías y las fatigas de la existencia humana.

Para la hermanita Magdalena, como para Carlos de Foucauld, Nazaret no era un simple recuerdo de la vida de Jesús, sino una manera de estar en el mundo, querida por Dios y vivida en la humildad y la discreción. El papa Francisco recordó a las Hermanitas de Jesús: «El camino del escondimiento es el camino de Dios».¹ Seguir a Cristo significaba compartir la vida ordinaria de las personas entre las que Dios nos envía, sin buscar distinguirnos ni reclamar un lugar especial, sino dejando que el amor de Dios impregne los gestos más sencillos de cada día.

Por eso, las Hermanitas de Jesús eligen vivir en medio de las poblaciones a las que se acercan, compartiendo sencillamente su existencia. Su testimonio no se apoya tanto en sus obras como en la calidad de su presencia. La hermanita Magdalena les decía:

Sed contemplativas, pero permaneced muy cerca de vuestros hermanos, compartiendo su vida, sus alegrías y sus sufrimientos, haciéndoos todo para todos.

Así, la contemplación no las aleja de las personas entre las que viven; al contrario, las lleva a acercarse cada vez más a ellas. Procuran compartir antes que imponer, escuchar antes que hablar y amar antes que enseñar.

Nuestra época valora fácilmente lo visible, lo rápido y lo cuantificable. Nos sentimos tentados a creer que solo cuenta una acción que produce resultados inmediatos. Nazaret nos enseña otro camino. Dios actúa a menudo en la paciencia, la

¹ Francisco, *Discurso a las participantes en el XII Capítulo General de las Hermanitas de Jesús*, Sala del Consistorio, 2 de octubre de 2023.

fidelidad cotidiana, el trabajo humilde y los vínculos que se tejen día tras día. Lo que el mundo considera insignificante puede convertirse, en el Reino de Dios, en una semilla de vida nueva.

Nuestras familias, nuestros lugares de trabajo, nuestros barrios, nuestros pueblos y nuestras ciudades pueden ser otros tantos Nazaret, donde Cristo sigue viviendo entre nosotros. Cada gesto realizado con amor, cada servicio discreto, cada acto de perseverancia humilde participa ya en la obra de Dios. A menudo, es en esta fidelidad cotidiana, más que en los grandes éxitos, donde madura el Reino.

Vivir en Nazaret no significa retirarse del mundo, sino aprender a amar el mundo desde dentro, compartiendo la vida de las personas que Dios pone en nuestro camino. Así va creciendo la verdadera fraternidad.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú que quisiste vivir largos años en la sencillez de Nazaret, enséñanos a reconocer tu presencia en nuestra vida cotidiana.

Danos un corazón fiel, capaz de amar sin buscar los primeros puestos, de servir sin esperar recompensa y de creer que nada de lo que hacemos por amor es inútil a tus ojos.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de nuestras casas, nuestras comunidades y nuestros lugares de trabajo verdaderos Nazaret, donde crezcan la paz, la confianza y la fraternidad.

Amén.

VI. Compartir la vida de aquellos que Dios pone en nuestro camino

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Estas pocas palabras de san Juan

resumen toda la lógica de la Encarnación. El Hijo de Dios no quiso salvar a la humanidad desde lejos, sino que vino a compartir nuestra existencia. Conoció la alegría de los encuentros, el cansancio del trabajo, la amistad, las lágrimas, el sufrimiento e incluso la muerte. En Jesús, Dios no se limita a visitar nuestro mundo: elige permanecer en él.

Durante la mayor parte de su vida terrena, el Hijo de Dios vivió como un hombre entre los demás. Como artesano en Nazaret, no se distinguía exteriormente de sus vecinos (cf. Mc 6, 3). Nos muestra así que el amor no se manifiesta ante todo en grandes obras, sino en una presencia fiel, dispuesta a caminar al ritmo de los demás.

La hermanita Magdalena comprendió que seguir a Cristo significaba hacer suyo este mismo estilo de vida. No se puede amar a un pueblo sin compartir, al menos en parte, su vida. El testimonio del Evangelio comienza con una presencia fraterna entre las personas con quienes vivimos. Siguiendo a Cristo, comprendemos que el Evangelio se transmite, antes que con palabras, mediante la calidad de las relaciones que establecemos.

Por eso, al fundar la primera fraternidad en Sidi Boujnan, no buscó poner en marcha grandes obras ni ocupar un lugar destacado entre la población. Esa misma forma de vida quiso para cada fraternidad, en cualquier lugar del mundo: que las hermanitas vivieran sencillamente, trabajaran con sus propias manos y compartieran las condiciones de vida ordinarias de las personas entre las que eran enviadas. La hermanita Magdalena lo resumía con estas palabras:

Como Jesús durante su vida terrena, hazte todo para todos: árabe entre los árabes, nómada entre los nómadas, obrera entre los obreros... pero, ante todo, humana entre los seres humanos.

Quería así que las hermanitas fueran una presencia discreta, profundamente fraterna y

plenamente humana. Como les recordaría más tarde san Juan Pablo II, «los gestos más sencillos pueden hablar de Jesucristo».²

Nuestro mundo sufre a menudo de soledad, indiferencia y desconfianza. Nos comunicamos con facilidad, pero dedicamos menos tiempo a compartir realmente la vida de quienes nos rodean. El Evangelio nos invita a acercarnos de nuevo a los demás. Nos llama a escuchar antes de hablar, a comprender antes de juzgar y a acompañar antes de querer convencer.

Desde hace más de un siglo, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos han aprendido a vivir en medio de los habitantes del Sahara, compartiendo sus alegrías y sus penas, sus celebraciones y sus duelos. Con el paso de los años, han ido naciendo así verdaderas amistades. Esta opción por la cercanía no es una simple estrategia pastoral: es una manera de seguir a Jesús.

Compartir la vida de los demás exige tiempo, paciencia y una gran humildad. Hay que aceptar tanto recibir como dar. Quien cree que se acerca a un mundo ajeno a la presencia de Dios descubre a menudo que Dios ya está presente en el corazón de las personas que encuentra y que tiene mucho que enseñarle a través de ellas. Así se van tejiendo los lazos de confianza y amistad que hacen visible la ternura de Dios.

En esta cercanía cotidiana se construye, poco a poco, una fraternidad capaz de superar todas las fronteras.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú has querido habitar entre nosotros y compartir nuestra condición humana.

Enséñanos a no mantenernos nunca a distancia de nuestros hermanos y hermanas.

Danos un corazón sencillo, capaz de escuchar, de acoger y de servir.

Que el encuentro con las personas que pones en nuestro camino nos transforme profundamente.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de nuestras comunidades lugares de cercanía, confianza y amistad evangélica.

Amén.

VII. Una fraternidad sin fronteras

Cuando le preguntaron cuál era el mandamiento más importante, Jesús respondió uniendo el amor a Dios y el amor al prójimo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 37-39). Después, en la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10, 25-37), Jesús desplazó el centro de la pregunta. En lugar de preguntarnos quién es nuestro prójimo, nos invita a hacernos prójimos de quien encontramos en nuestro camino.

Profundamente marcada por la experiencia de la Pasión, la hermanita Magdalena se había hecho muy sensible a toda forma de sufrimiento y marginación. Deseaba dar testimonio del amor de Cristo por todo ser humano. Hizo de esta palabra del Evangelio una orientación decisiva para toda su vida:

No soy nada, pero Jesús me ha dado una pequeña chispa de su amor. No podemos dejar que haya personas que sufren a nuestro alrededor sin acercarnos a ellas.

Puesto que el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano al compartir nuestra condición humana, ningún ser humano nos puede ser ajeno. Las fronteras entre los pueblos, las culturas, las

² Juan Pablo II, *Discurso a las Hermanitas de Jesús con ocasión del cincuenta aniversario de la fundación de*

su familia religiosa, Castel Gandolfo, 11 de septiembre de 1989, n. 5.

lenguas o las religiones siguen siendo muy reales, pero no pueden impedir que las personas, creadas a imagen de Dios y amadas infinitamente por él, se reconozcan como hermanos y hermanas. Como recuerda el Concilio Vaticano II, «no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios» (*Nostra aetate*, 5).

Esta convicción inspiró el nacimiento de las Hermanitas de Jesús. No fueron fundadas para reunir a quienes se parecen, sino para dar testimonio de que el amor de Cristo puede llegar a todos. Su vocación no era formar un grupo aparte, sino habitar en medio del mundo como una levadura discreta, compartiendo con sencillez la vida de quienes las rodeaban.

Una fraternidad así no se basa en las afinidades naturales, en compartir las mismas ideas ni en pertenecer a un mismo grupo. Nace de la mirada que Dios dirige a cada persona. Antes de que aprendiéramos a amar, Dios nos amó primero (cf. 1 Jn 4, 19). Quien descubre este amor recibe también la gracia de amar de otra manera.

Sin embargo, sería ilusorio pensar que una fraternidad así surge espontáneamente. Exige salir de uno mismo, renunciar a los prejuicios y dejarse interpelar por la diferencia. Supone tener un corazón suficientemente libre para acoger al otro tal como es, sin querer transformarlo primero a nuestra imagen. Con el tiempo descubrimos que la diferencia, lejos de ser un obstáculo, es una riqueza que ensancha nuestro corazón.

Nuestra diócesis conoce bien este camino. Desde hace generaciones, los cristianos viven aquí como una pequeña minoría, en medio de una población diversa por sus lenguas, sus culturas y su tradición religiosa. Esta situación, que a veces se percibe como una fragilidad, es también una gracia. Nos enseña que la Iglesia da más fruto por la calidad evangélica de sus

relaciones que por la fuerza de sus medios. Esto se hace visible cuando no buscamos utilizar al otro, seducirlo ni dominarlo, sino acogerlo como a un hermano o una hermana, a imagen de Cristo. Cada encuentro vivido con respeto, confianza y bondad deja entrever ya el Reino de Dios.

En un mundo donde siguen levantándose tantos muros entre las personas y los pueblos, el Señor nos llama a construir puentes. Cristo es nuestra paz: ha derribado el muro de la hostilidad y nos ha reconciliado con Dios y entre nosotros (cf. Ef 2, 14-18). Esta fraternidad no es un ideal inalcanzable, sino un don del Espíritu que recibimos cada día y que estamos llamados a construir pacientemente mediante los gestos más sencillos.

Esta experiencia de fraternidad abrirá de manera natural el corazón de la hermanita Magdalena al encuentro con mujeres y hombres de otras tradiciones religiosas, especialmente con sus hermanos y hermanas musulmanes.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú nos llamas a reconocer en cada persona a un hermano o una hermana amados por tu Padre.

Líbranos de todo lo que nos encierra en el miedo, la indiferencia o el juicio.

Danos una mirada capaz de acoger, escuchar y amar como tú nos amas.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de tu Iglesia un signo vivo de esa fraternidad que has venido a ofrecer al mundo.

Amén.

VIII. En el corazón del mundo musulmán

Cuando Jesús envió a sus discípulos en misión, les pidió que, al entrar en una casa, dijeran: «Paz a esta casa» (Lc 10, 5), y que aceptaran la hospitalidad que se les ofreciera. Antes de toda enseñanza, hay un encuentro. Antes de todo anuncio, una paz ofrecida y recibida.

La hermanita Magdalena hizo suyo este modo de acercarse a los demás. Llegó al Sahara siguiendo las huellas de Carlos de Foucauld, sin pretender ante todo emprender grandes obras. Deseaba compartir la vida de sus vecinos, aprender su lengua, acoger su cultura y recibir con gratitud su hospitalidad. Comprendió que la amistad auténtica es un espacio en el que Dios actúa de manera misteriosa. Desde su propia experiencia en Sidi Boujnan, escribía a sus hermanitas:

Quisiera que creyerais que puede existir una amistad verdadera, un afecto profundo entre personas que no comparten la misma religión, la misma raza ni el mismo entorno social.

Esta actitud no nacía de un cálculo humano ni de la simple cortesía. Se fundaba en la convicción de que Dios ama a cada ser humano y de que su Espíritu ya actúa en los corazones. Para el cristiano, nadie es un extraño ante Dios: cada persona es alguien a quien él conoce y ama, alguien precioso a sus ojos.

En nuestra diócesis, esta convicción ha marcado desde hace mucho tiempo el modo de presencia de la Iglesia. No nos define, ante todo, el número de nuestros fieles ni la importancia de nuestras instituciones. Estamos llamados a ser una presencia fraterna, humilde y abierta, capaz de recibir tanto como de dar.

¡Cuántas veces hemos experimentado la generosa hospitalidad que caracteriza a los habitantes del sur de Argelia! ¡Cuántas veces hemos descubierto, durante una visita, una

comida compartida o una conversación sencilla, cómo la confianza va creciendo lentamente, como una semilla que arraiga en la tierra! Estos encuentros cotidianos nos recuerdan que Cristo siempre nos precede en la vida de las personas con las que nos encontramos.



Al compartir la vida de nuestros hermanos y hermanas musulmanes, nosotros mismos nos vamos transformando. A menudo descubrimos que Dios nos llama también a profundizar en nuestra propia fe. La importancia que ellos conceden a Dios en sus vidas, su fidelidad a la oración y su confianza en la providencia divina nos invitan a volver continuamente a lo esencial del Evangelio. En esta relación, cada uno recibe tanto como da, y todos aprendemos a situarnos con humildad ante el misterio de Dios.

El Concilio Vaticano II nos invita a reconocer con estima todo lo que hay de verdadero, bueno y santo en las culturas y las tradiciones religiosas de quienes nos rodean. Esta estima no disminuye en nada nuestra adhesión a Cristo. La hermanita Magdalena nos enseña que no hay que elegir entre la fidelidad a Cristo y la apertura a los demás. Al contrario, cuanto más arraigados estamos en él, más libre se vuelve nuestro corazón para acoger a cada persona con respeto y amistad.

El amor de Cristo nunca nos encierra en nosotros mismos; nos abre siempre más al encuentro. La amistad no borra las diferencias, sino que nos permite acoger al otro y respetar

su identidad. Puesto que en Cristo hemos descubierto el rostro de Dios (cf. Jn 14, 9; Col 1, 15), deseamos humildemente que todos puedan conocer algún día la alegría de este encuentro. Este deseo no implica voluntad alguna de conquistar o coaccionar. Se expresa, ante todo, en una vida modelada por el Evangelio, que respeta la libertad de cada persona y reconoce la acción misteriosa de Dios en los corazones.

Así, nuestra vocación en el corazón del mundo musulmán consiste en ser como un grano de incienso encendido, según la hermosa imagen que el papa León XIV empleó durante su visita a Argelia: una vida ofrecida que eleva hacia Dios el perfume del Evangelio, sin llamar la atención sobre sí misma.³

Estamos llamados a ser artesanos de paz, vecinos dignos de confianza y testigos del amor de Cristo. Una vida así habla por sí misma y llega a los corazones. La hermanita Magdalena dio testimonio de ello con su propia vida. Lo que el Santo Padre vino a recordar a los cristianos de Argelia, ella ya lo había vivido en el corazón del Sahara. Así escribía a sus hermanitas, recordando los comienzos de la Fraternidad en Sidi Boujnan, a las puertas de Touggourt:

Obedecí al Señor al querer que la Fraternidad fuera universal, pero entregué mi vida por el islam, y Sidi Boujnan sigue muy vivo en mi corazón.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú has venido a plantar tu tienda entre nosotros.

Enséñanos a reconocer tu rostro en cada persona que confías a nuestro amor.

Danos un corazón humilde, capaz de recibir tanto como de dar, de escuchar tanto como de hablar, de amar tanto como de dejarnos amar.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de nuestra Iglesia una casa abierta, donde cada persona pueda encontrar un reflejo de tu paz.

Amén.

IX. La alegría del Evangelio

Seguir a Cristo por estos caminos de Belén, Nazaret, la fraternidad y el encuentro puede parecer exigente. Sin embargo, quienes los han recorrido dan testimonio de una profunda alegría. Jesús mismo nos dice: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15, 11).

La alegría es uno de los signos más elocuentes de la presencia de Dios. No elimina las dificultades, las pruebas ni las inquietudes de la vida. Nace de la certeza de que el Señor camina con nosotros y de que nada puede separarnos de su amor (cf. Rom 8, 38-39).

Quienes conocieron a la venerable hermanita Magdalena recuerdan a menudo su sonrisa, su sencillez y su capacidad para comunicar esperanza. Su alegría no era un simple rasgo de carácter ni una manera de disimular los sufrimientos. Brotaba de una profunda intimidad con Cristo. Cuanto más se sabía amada por Dios, más libre se sentía para amar a los demás con serenidad y alegría.

La alegría cristiana es discreta. No necesita hacer ruido. Se parece a una luz que sigue brillando cuando cae la noche. Se manifiesta en una acogida cálida, una palabra de consuelo, un servicio generoso, una fidelidad humilde en la

³ León XIV, *Homilía durante la misa en la basílica de San Agustín, Annaba*, 14 de abril de 2026.

vida cotidiana. En todo ello se hace visible la presencia del Resucitado.

Sed una «sonrisa» en el mundo; ese es mi mayor deseo... Bastaría con que fuerais eso: el pequeño rayo de sol que entra en una habitación oscura y helada para iluminarla y calentarla.

Nuestro mundo tiene muchos motivos de preocupación: los conflictos, las injusticias, el exilio de tantas mujeres y tantos hombres, las divisiones entre los pueblos y la soledad que padecen tantas personas. Los cristianos no cierran los ojos ante estas realidades, pero se niegan a dejar que el desaliento tenga la última palabra. Su esperanza se apoya en Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte.

Pidamos al Señor la gracia de ser testigos alegres de su Evangelio, no mediante manifestaciones extraordinarias, sino a través de la serenidad que nace de la confianza en su fidelidad. Así podremos ser también nosotros signos de esperanza para quienes encontremos en nuestro camino.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú quieres que tu alegría habite en nuestro corazón.

Enséñanos a acoger cada día como un don de tu amor.

Cuando lleguen el cansancio, la prueba o la duda, manténnos en la confianza y en la paz.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de nuestras comunidades lugares donde resplandezca la alegría sencilla del Evangelio, para que quienes se encuentren con nosotros puedan descubrir, a través de nuestra vida, la bondad de tu corazón.

Amén.

X. Cristo nos precede

Cuando las mujeres llegaron al sepulcro, escucharon estas palabras que iban a cambiar sus vidas: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis» (Mt 28, 7). El Resucitado no nos invita a quedarnos en los recuerdos del pasado. Va delante de sus discípulos y los invita a avanzar con confianza, sabiendo que él les ha preparado el camino.

Toda la vida de la venerable hermanita Magdalena puede comprenderse a la luz de esta promesa. No tenía un plan perfectamente trazado ni sabía adónde la conduciría el Señor. Pero había aprendido a confiar en él. Día tras día, aceptaba dejarse guiar, convencida de que Cristo la precedía en sus encuentros y viajes, así como en las fraternidades que iban naciendo por todo el mundo.

Con esta misma confianza, la Iglesia sigue adelante en su misión. Ante los desafíos de nuestro tiempo, podemos sentirnos tentados al desaliento. Sin embargo, nuestra esperanza no se apoya en nuestras propias fuerzas ni en nuestros proyectos, sino en el Señor resucitado, que sigue abriendo caminos para su pueblo.

Esta confianza adquiere un rostro muy concreto en nuestra diócesis. Las distancias son inmensas, nuestras comunidades son pequeñas y están dispersas, y no faltan las dificultades. Sin embargo, desde hace más de un siglo, generaciones de sacerdotes, personas consagradas y laicos han seguido adelante con una confianza admirable. Sabían que la misión no era, ante todo, obra suya, sino obra de Dios. Con humildad, preparaban el camino para quienes continuarían la misión después de ellos.

La hermanita Magdalena nos deja esta misma herencia. No nos invita tanto a imitar las formas concretas de su vida como a acoger el espíritu que las inspiraba: el de una discípula que nunca

dejó de seguir a Cristo. La fidelidad al Evangelio no consiste en repetir las respuestas del pasado, sino en buscar, bajo la guía del mismo Espíritu, cómo vivirlo en cada época, en cada pueblo y en cada cultura.

Al dar gracias a Dios por el testimonio de la venerable hermanita Magdalena, también nosotros estamos llamados a proseguir el camino del Evangelio. Como ella, mantengamos los ojos fijos en Jesús. Como ella, avancemos con confianza. Como ella, creamos que Dios siempre abre caminos nuevos para quienes aceptan seguirlo.

Para nuestra oración

Señor Jesús:

Tú nos precedes en los caminos de nuestra vida.

Cuando nos inquiete el futuro, recuérdanos que tú ya estás allí.

Danos un corazón disponible, capaz de seguirte con confianza, sin miedo a lo desconocido.

Por intercesión de la venerable hermanita Magdalena, haz de nuestra Iglesia diocesana una comunidad en camino, atenta a las llamadas de tu Espíritu y alegre de seguirte adonde tú la conduzcas.

Amén.



Queridos hermanos y hermanas,

Al dar gracias por el testimonio de la venerable hermanita Magdalena de Jesús, damos gracias, sobre todo, al Señor, que en cada época suscita hombres y mujeres dispuestos a dejarlo todo para seguir a su Hijo.

Si esta carta ha cumplido su propósito, no solo nos habrá ayudado a conocer mejor a la hermanita Magdalena, sino, sobre todo, a volver nuestra mirada hacia Cristo. Ese era, en efecto, su deseo más profundo. Toda su vida estuvo orientada hacia él. Como san Juan Bautista, nuestro santo patrono, y Carlos de Foucauld antes que ella, la hermanita Magdalena nunca buscó atraer las miradas hacia sí misma. Su vida entera nos señala a aquel que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

Sigamos avanzando con los ojos fijos en Jesús. Él es quien nos llama. Él es quien nos acompaña. Él es quien nos precede.

Que cada uno de nosotros encuentre, allí donde el Señor lo ha situado, la alegría de responder cada día a su llamada: en la vida familiar, en la vida consagrada, en el ministerio ordenado, en el trabajo cotidiano y en el servicio a nuestros hermanos y hermanas. El Evangelio se hace vida cuando seguimos a Cristo con humildad y fidelidad.

Si alguna vez el camino se nos pone cuesta arriba, recordemos estas palabras de la hermanita Magdalena, que resumen toda su vida:

«Dios me tomó de la mano y yo lo seguí ciegamente».

Que también nosotros aprendamos a confiar en Dios con esa misma sencillez y sin reservas.

Mientras proseguimos nuestra peregrinación en el corazón del Sahara, escuchemos de nuevo la voz del Señor, que no deja de llamarnos:

«Sígueme».

A Nuestra Señora del Mundo Entero, a quien la hermanita Magdalena invocaba con tanto cariño, le confiamos nuestra Iglesia diocesana. Que ella nos enseñe a acoger a su Hijo Jesús, a dejar que crezca en nosotros y a ofrecerlo, con sencillez y alegría, a todos los que el Señor pone en nuestro camino.

Que san Juan Bautista interceda por nosotros, para que, como él, toda nuestra vida señale a Cristo y muchos puedan descubrir su presencia y escuchar su llamada a través de nuestro testimonio.

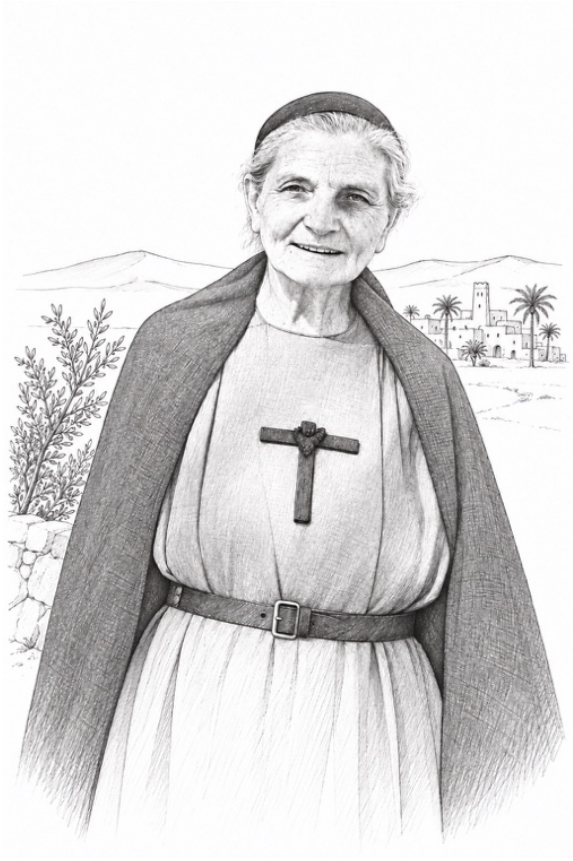
Que el Señor os bendiga y os guarde en su paz.

✠ Diego Sarrió Cucarella
Obispo de Laghouat-Ghardaïa

Ghardaïa, 13 de octubre de 2026



**Oración para pedir gracias por intercesión de la
hermanita Magdalena de Jesús**



Señor,

te pido una fe capaz de trasladar montañas
y de arrancar rocas,
una fe que se apoye en tu poder y en tu amor.

Te pido una fe humilde,
acompañada de un verdadero conocimiento de
mí mismo,
esa fe humilde que toca tu corazón.

Con esta fe, te repito:

no soy nada, pero tú lo eres todo;
no tengo nada, pero tú lo posees todo;
no puedo nada, pero tú lo puedes todo.

Lo que hoy te pido
por intercesión de la hermanita Magdalena
(...expresar la intención particular...)
es mucho más fácil que trasladar montañas,
y tú has prometido concederlo como
recompensa
a una fe tan pequeña como un grano de mostaza.

Señor, con una confianza infinita,
te doy gracias.

Amén.